

Pedro Balmaceda Toro

## Los "Abrojos" de Rubén Darío

Por la mañana el sirviente me presentó un libro-desconocido.

Recién impreso, húmedo, con las hojas unidas, exhalaba un cierto olor a novedad. Con una linda carátula, con una multitud de pequeñas letras, que al esfoliar las páginas, bajaban locamente, dejando entrever algunas hermosas frases e ideas, aquello parecía el poema de la vida de un hombre, elegantemente encuadernado, en brillante edición.

Ese es el poeta. Un libro escrito en puntos suspensivos. La mitad de su vida, es llanto. La otra mitad, canta sus lágrimas.

Hoy día las tristezas de los pobres no se aceptan en la sociedad, porque llegan así, sucias, harapientas, con todo el sabor de la miseria ignorada.

¡Hay que imprimir las penas, publicarlas, hacerles *réclame*! De otra suerte, si el desgraciado pasa por la calle, sin que nadie lo conozca, alguien puede decir:

—¡Qué feliz! Ese no ha sufrido!

Así han llegado los *Abrojos*.

El poeta tiene miedo de que crean que es dichoso; encarga a la imprenta que dé a luz su alma, desgarrada, llena de sollozos y de amarguras; regala su libro a todos los conocidos, a todos los amigos.

Cuando sale un libro, uno duplica sus amistades: la ola del aplauso crece, aumenta; unos a otros se comunican sus impresiones; por fin, la palabra desborda; vienen los aplausos

de la prensa; y el poeta conquista la gloria perdiendo el alma.

Es el conde Ugolino, que da su espíritu para alimentar las ideas.

Y todos vivimos largo tiempo, impresionados por ajenas desventuras.

Así se conquista la gloria. ¡La gloria, el ajeno de los poetas!

\*

Este artículo es de impresiones.

Pocas veces he tenido la suerte de conocer en la intimidad a un joven poeta. ¡Son tan misántropos!

La casualidad me puso en situación de cultivar con Rubén Darío estrechas relaciones de compañerismo literario.

El libro de este joven poeta es toda una historia.

Algo de ella, la crónica de su vida, refiere en el prólogo de los *Abrojos*; pero lo mejor, lo íntimo, aquello que encarna el secreto del autor, la manera cómo nacieron sus poesías, el procedimiento que ha empleado, la historia, en fin, de un libro, que entre los franceses constituye la página más delicada de una novela, eso lo relatará en un brillante artículo nuestro amigo Manuel Rodríguez Mendoza.

Y a la verdad, los *Abrojos* son poesías originales; los poetas tienen siempre tristezas que los caracterizan en el mundo literario.

Recuerdo que Darío no quería publicar el prólogo que hoy encabeza su libro. Decía que era malo.

Si, yo he escrito estos *Abrojos*  
Tras hartas penas y agravios;  
Ya con la *risa* en los labios,  
Ya con el *llanto* en los ojos.

Esa es la palabra de valor. La risa y el llanto, los dos extremos del sentimiento.

Tu noble y leal corazón,  
Tu cariño me alentaba,  
Cuando entre los dos mediaba  
La mesa de redacción.

Yo haciendo versos, Manuel,  
 Descocado, antimetódico,  
*En el margen de un periódico*  
*O en un trozo de papel.*

Así ha hecho los *Abrojos*, en unos cuantos trozos de papel, sin orden, sin plan, al acaso, tomando del aire algún pensamiento, llorando alguna idea, algún recuerdo.

¡Y decir que era feo un prólogo que comienza tan hermoso! Darío no conoce el valor de su prólogo.

Paul de Saint Victor escribía los prólogos de las obras de Hugo, quien agregaba: «¡Yo publicaría todos los años un libro siempre que vos me hiciéseis la introducción!»

Imagino que si Darío escribiera tan lindos libros como *Abrojos*; sus prólogos valdrían toda la obra.

Es indudable. La verdadera novedad de nuestra quincena será el libro de nuestro amigo.

Tiene muchas raras cualidades, peculiaridades de estilo, giros nuevos, energía en la frase. Es una manera de decir original, propia, que revela el temperamento del autor hasta en los detalles más insignificantes. Los detalles de la frase, ante todo, son encantadores.

Es un escultor de ideas talladas en marfil, con las delicadezas y encantos de los antiguos vasos florentinos.

Parece que tuviera entre sus manos toda la historia de las mujeres, con sus timideces y sus audacias incontenibles. Mignon y Julia de Trecoeur.

¿Qué decir del tono general del libro?

Es una poesía nueva entre nosotros, es la vírgen de los hielos, las rubias ondinas de los bosques de Alemania, que han emigrado a nuestro país; y por lo mismo, que allá en el polo esa inspiración seduce, aquí, llenos de sol, de aire, tiene atractivos y magnificencias deslumbradoras.

Es Bécquer, con el cielo de Sevilla; es un poco de Musset con la tristeza aristocrática del *faubourg Saint Germain*; es Leopoldo Cano, es Bartrina, es Heine, el gran poeta, el único que ha tenido el cielo entre sus brazos, el único que ha acariciado a los dioses, que ha vivido en el Olimpo y que ha sufrido grandes contrariedades a la altura de su genio y de su desgracia.

Heine. . .

Los *Abrojos* son un nido de palabras encantadoras, una serie de cuentos, bosquejos de novelas, de dramas, sintetizados en bellísimas estrofas, que caracterizan el perfume cálido de una nueva poesía, que llega siempre en invierno.

El libro de Darío responde a una necesidad del espíritu, es algo que hemos esperado sin saberlo, es *El libro de Job* de la adolescencia.

¿Para qué decir que la obra de Darío tendrá mucho éxito, muchos lectores? Se ha ido imprimiendo poco a poco, se la ha recitado *sotto voce* en las tertulias, después entre amigos.

Hoy ya todos dicen: «Darío». Este es un gran triunfo. Por ahí comienza la gloria, tuteando.

La popularidad de ciertos novelistas, como Alfonso Daudet, se explica con toda facilidad, al leer cualquiera de sus romances, *El Nabab*, *Safo*, *Numa Roumestan*, etc.

Aquello es la vida real con sus peripecias, sus caídas, sus amarguras inverosímiles. ¿Qué hay más inverosímil que la vida? la vida *au jour le jour*, sin hogar, sin familia, sin ensueños de mujeres?

La poesía puede entrar en los secretos del alma; la novela piseña las relaciones del espíritu del hombre con la sociedad. La poesía es el hombre, la novela es el mundo.

¡Sabes decir tan bien las cosas! ¡Ya puedes escribir en los diarios! exclama una niña al escuchar a *Petit-chose*.

He aquí una frase exacta: ¡Los poetas dicen tan bien las cosas! Y Darío las dice de una manera especial.

Una composición verdaderamente adorable es esta que copiamos:

Cuando la vió pasar el pobre mozo,  
Y oyó que le dijeron: Es tu amada;...

Lanzó una carcajada,

Pidió una copa y se bajó el embozo.

¡Que improvise el poeta!...

Y habló luego,

Del placer, del amor, de su destino;

Y al aplaudirle la embriagada tropa,

Se le rodó una lágrima de fuego

Que fué a caer al vaso cristalino.

Después tomó su copa

Y se bebió la lágrima y el vino,

¡Qué bien sabe decir las cosas!

En cuanto a los tipos de mujeres vagamente diseñados en el transcurso de la obra, tienen caracteres de creación propia. Cada mujer es una orgía de palabras espirituales o de frases amargas. Darío sólo conoce los extremos. Sus tipos ideales responden a sus amores desgraciados. Entre la bruma de la poesía, se divisan rubias cabezas que han paseado por las calles entre la admiración espontánea de la multitud, y la pasión, siempre oculta, del poeta.

Podría aplicársele el dicho de Saint Beuve:

«Es delicado como una mujer; se diría que alguna vez lo ha sido.»

En cambio, esas brusquedades de estilo acusan claramente ciertas dudas, ciertos combates porque atraviesan las almas jóvenes. Como poeta, las tiene imperdonables; como hombre, son verdaderas.

Es muy difícil comenzar por ser un viejo para llegar a ser un niño como aconsejaba alguien.

La juventud es incontenible, y a veces en ella, valen más sus defectos que sus buenas cualidades. El criterio es cuestión de años, de experiencia. La naturalidad, la expansión, son flores que es preciso abandonar cuando se entra en la vida; pero mientras tanto... nada hay más bello que esa ignorancia de las cosas, ese candor alegre de los años...

Es el inconveniente de los poetas jóvenes.

Lloran demasiado.

Darío, por temperamento, por escuela, tiene el vino triste. Sus poesías son concebidas en otoño, con todos esos rasgos grises de la melancolía. Sólo de vez en cuando se descubren algunas carcajadas, algunas historias de besos, el poema de los labios con toda la frescura y delicadeza de la mujer.

Darío es el primer cantor de la nueva escuela que ha llegado a nuestras playas: F. Coppeé, A. Silvestre, Arène y todos los *parnasiens* del gran barrio de París, si comprendieran el español, dirían que Darío es un hermano. Tiene toda la gracia de esos elegantes escépticos, que aunque no creen en la vida, pasean con todo lujo, con espléndido traje.

¡Qué riqueza de amores, de palabras! ¡Qué modo tan oriental de vestir las tristezas! Son verdaderos nababs de la frase. Ya sabemos que Saint Victor era el Don Juan del estilo.

Al cerrar el libro, se produce en el alma una impresión curiosa. Parece que abandonásemos el taller de un artista. Por todas partes estatuas, bosquejos, medallones, grabados; la memoria se puebla de una multitud de cabezas expresivas, soñadoras, pero todas cabezas de mujeres.

Por eso, en una poesía que há tiempo se publicó, Darío exclamaba:

¡Mujer, eterno estío,  
Primavera inmortal!

Santiago, 1887.